



**Conversatorio: “¿Existe una estructura sexista en la academia?”**

Martes 8 de marzo, 4:00 p.m.

(Sala Joaquín Gutiérrez Mangel, 4.º piso, Facultad de Letras)

---

Hoy conmemoramos el Día Internacional de la Mujer con la amargura que los eventos de los últimos días han dejado en la escena latinoamericana, por causa de la desprotección que aún sufren mujeres en nuestra región.

Crímenes atroces cometidos en las semanas recientes, que han afectado directa e indirectamente la vida y la integridad de mujeres en nuestro país y de los que hemos tenido noticia desde países vecinos, afligen nuestro afán por hacer que las mujeres participen en la sociedad bajo las mismas condiciones que los hombres. Cada uno de los golpes, de los abusos, de los femicidios que ocurren en nuestros países, son un golpe para la democracia y la paz. Pero la violencia física es solo una parte evidente de los atropellos que se siguen perpetrando contra ellas; cuando todavía persiste una fuerte violencia simbólica en distintos ámbitos de nuestra vida cotidiana, es un hecho que en lo más íntimo de nuestros hogares y nuestros centros de encuentro, todavía replicamos actitudes patriarcales en su detrimento.

Este día se conmemora en muchos países del mundo, tras haber sido instaurado por la Organización de las Naciones Unidas en 1975, coincidiendo con el Año Internacional de la Mujer. Pero la mortalidad materna, los ataques a las niñas, los cuerpos de las mujeres que se utilizan en las guerras como campos de batalla, las viudas empobrecidas y las violentadas, rechazadas, son ejemplo de cómo las mujeres aún ven sus derechos mancillados por creencias o ideologías que hoy no pueden seguir. Este día es de intensa reflexión sobre la condición en la que las mujeres se encuentran en nuestra sociedad, en nuestro contexto: no podemos traer escenarios de guerra a un país en donde no la hay, pero podemos reflexionar acerca de cuántos de



los derechos de las mujeres estamos respetando en la administración pública, en la empresa privada, en las calles, en nuestras casas.

Cada funcionario y cada estudiante tiene un lugar de privilegio en la Universidad de Costa Rica, por el valioso trabajo que desempeña y por la posibilidad de estudiar en una de las más reconocidas instituciones de educación superior del país, respectivamente. Nuestra comunidad universitaria es formidablemente diversa en opiniones, en culturas, en ideologías, en cosmovisiones; esto la convierte en una comunidad extremadamente rica y, a su vez, compleja.

Al estar al frente de una universidad, tenemos distintas preocupaciones que van mucho más allá de lo que son aspectos económicos, políticos o administrativos ligados a su quehacer. Nos inquieta el bienestar de cada uno y de cada una de ellos; en su seguridad, en su integridad, en su dignidad. Tenemos una población de más de 40 000 estudiantes y cerca de 10 000 funcionarios, y cada uno de ellos es importante. El reto de velar por esta seguridad personal y colectiva es, sin duda, enorme.

Nuestra institución promueve la libertad de cátedra como principio de enseñanza, y el respeto a las personas y la libre expresión. Sin embargo, no podemos permitir que estos principios sean utilizados ni manipulados en detrimento de ninguna persona en nuestra comunidad universitaria. Jamás podríamos tolerar que se perpetren acciones de violencia y discriminación bajo la justificación de que quien comete la acción lo hace bajo sus principios e ideologías. Y esto es parte del delicado equilibrio entre las libertades personales y las de los demás.

Solo de forma colectiva podemos lograr que nuestros campus estén libres de violencia. Y esto empieza por acciones individuales de respeto, de comprensión y de diálogo. La discriminación, por ningún motivo, puede ser aceptada.



En la academia tenemos un reto adicional: hacer que no trasciendan las acciones de violencia y de discriminación al plano intelectual, académico, profesional. La forma discreta, sigilosa, reticente, en que se discrimina en este nivel, puede ser tanto o más hiriente que una agresión física, con todo el dolor y el agravio que pueda tener. Y no solo tiene consecuencias para la persona que está siendo discriminada, sino que perpetúa estereotipos y referentes patriarcales que perjudican la imagen, la credibilidad y solidez de las mujeres en este ámbito.

La violencia simbólica que se ejerce sobre el género femenino se llega a reconocer y establecer como normal, natural o cotidiana; impone y reproduce jerarquías, significados y valores simbólicos, y constituye una subordinación genérica. Es lamentable que, en paralelo a acciones que emprendemos en contra de culturas de violencia y de discriminación, así como de luchas desde la universidad hacia la sociedad que van en esta línea, todavía en nuestra institución existan prejuicios de género que restan valor a la inconmensurable labor que realizan investigadoras, docentes, administrativas y estudiantes mujeres en este centro de estudios. ¿Por qué su labor habría de ser menos valiosa, si se da en iguales condiciones que la de los hombres? Sabemos que nuestras escalas salariales no hacen diferenciación entre géneros, y que en nuestros procesos de contratación no prima el género como una cualidad por evaluar. Incluso, la universidad es enfática en la protección de su relación laboral cuando se encuentran en período de gestación. Es decir, nuestra institución es responsable en protegerlas y en brindarles la atención que merecen, en igualdad de oportunidades, con los hombres.

Pero también me atrevo a decir que persisten esquemas de discriminación en cuanto a la atención que, tradicionalmente, se da a proyectos, publicaciones, iniciativas y discursos.



En el contexto francés de la posguerra en el siglo pasado, con políticas de fomento de la familia y la maternidad, una voz que cuestionó la idea de la feminidad y que negó el carácter natural del instinto maternal contrastó con el imaginario de la época. Esta misma voz fue plasmada en el que podría ser el ensayo feminista más importante del último centenario: escribía Simone de Beauvoir, en su libro *El segundo sexo*, que recogió sus pensamientos acerca del significado de ser mujer en ese período, y que se preguntó cuál era su destino y cuáles los mitos que las achacaban en aquel entonces.

Sorprendentemente, esta voz aún es vigente en nuestros días. Aún tenemos debates, conferencias y conversatorios en los que nos preguntamos cuál es el peso de ser mujer en el siglo XXI, porque sentimos que, en muchos contextos sociales y culturales, ser mujer en efecto implica cargar con significados, roles impuestos y deberes intrínsecos.

La academia no está exenta de esta realidad. Las ideas que pretenden justificar la inferioridad intelectual de las mujeres son tema de otro siglo, pero persisten las diferencias que derivan de su arraigo y de su transmisión de generación en generación. Por tratarse de una universidad, no estamos aislados de un patrón que se replica en el resto de la sociedad, y esto es lo que debe mantenernos alerta. Nuestra cultura atraviesa las paredes de la academia y se inserta en el imaginario colectivo.

Estas son las ideas que debemos erradicar. Si bien en este día hacemos múltiples llamados a la reflexión, a la acción, a la lucha por la equidad de género, y a reconocer que las mujeres son parte esencial de nuestras sociedades, también me atrevo a pensar que es un día en el que celebramos a las mujeres de nuestras vidas, sus propias luchas y logros, sus conquistas y la defensa de sus capacidades y habilidades.



Por ello, aplaudo los esfuerzos que se hacen desde la administración por seguir las leyes nacionales y promover grupos, comisiones y equipos contra el hostigamiento sexual (del que, estadísticamente, las mujeres son las principales víctimas). Pero también aplaudo las múltiples investigaciones y luchas que encabezan las investigadoras del Centro de Investigación en Estudios de la Mujer (CIEM), así como el Posgrado en Estudios de la Mujer. Festejo las contiendas que libran cada día las jefas de oficinas y unidades, las directoras de escuelas y de programas, las líderes de equipos de trabajo y proyectos, porque sé que en el seno de la academia nacional e internacional, su trabajo es cuestionado solo por el hecho de ser mujeres.

Hace escasos días, una mujer transexual fue ejecutada en nuestro país, y toda una familia fue asesinada por culpa de una masculinidad tóxica, en la que aún hoy hay quienes ponen en entredicho que vivimos en un contexto en el se pueden asesinar mujeres solo por serlo. Hace escasos días, dos jóvenes amigas, posiblemente en sus primeros años de universidad, con el deseo de conocer los países vecinos de su natal Argentina, fueron asesinadas en Ecuador. Hace escasos días, una de las principales líderes ambientalistas indígenas fue ejecutada en su casa de habitación, tras ser una importante activista y haber alertado sobre la violencia contra su comunidad en repetidas ocasiones.

En honor a este día, en el que reivindicamos el derecho de vivir y la importancia de las mujeres en nuestras sociedades, quisiera rescatar el discurso de esta víctima de la corrupción, la indígena lenca hondureña Berta Cáceres, en el momento en que recibió el Premio Ambiental Goldman, el año pasado. Creo que sus palabras son mucho más poderosas que las mías, y sé que calarán en nuestros pensamientos:

*En nuestras cosmovisiones somos seres surgidos de la tierra, el agua y el maíz.*



*De los ríos somos custodios ancestrales, el pueblo Lenca, resguardados además por los espíritus de las niñas que nos enseñan que dar la vida de múltiples formas por la defensa de los ríos es dar la vida para el bien de la humanidad y de este planeta.*

*El COPINH [Consejo Cívico de Organizaciones Populares e Indígenas de Honduras], caminando con otros pueblos por su emancipación, ratifica el compromiso de seguir defendiendo el agua, los ríos y nuestros bienes comunes y de la naturaleza, así como nuestros derechos como pueblos.*

*¡Despertemos! ¡Despertemos Humanidad! Ya no hay tiempo.*

*Nuestras conciencias serán sacudidas por el hecho de solo estar contemplando la autodestrucción basada en la depredación capitalista, racista y patriarcal.*

*El Río Gualcarque nos ha llamado, así como los demás que están seriamente amenazados. Debemos acudir.*

*La Madre Tierra militarizada, cercada, envenenada, donde se violan sistemáticamente los derechos elementales, nos exige actuar.*

*Construyamos entonces sociedades capaces de coexistir de manera justa, digna y por la vida.*

*Juntémonos y sigamos con esperanza defendiendo y cuidando la sangre de la tierra y los espíritus.*

*Dedico este premio a todas las rebeldías, a mi madre, al Pueblo Lenca, a Río Blanco y a las y los mártires por la defensa de los bienes naturales.*